



Ana Anderson en la actualidad.

Lenta, dolorosa, inquietantemente... se está consumiendo la vida de Ana Anderson, la nunca reconocida, oficialmente, Gran Duquesa Anastasia de Rusia. Junto a la extinción de su vida extinguese también el secreto que ha conmovido al mundo desde hace poco más de medio siglo. En Charlottesville (Virginia), en donde reside, la presunta Anastasia de Rusia espera la muerte con verdadero estoicismo. ¿Se marchará con ella su verdadera identidad?...

madrugada la Familia Real y algunos leales partieron rumbo a Tobolsk (Siberia). Los hijos del Zar parecían cervatillos acosados por cazadores. Dos meses y medio fue el tiempo de una larga marcha llena de penosidades. Al fin arribaron a Ekaterinenburg, el destino que habían prefijado anteriormente como su lugar de residencia, para contemplar desde allí el curso de los acontecimientos, alejados de esa manera de la bellicosidad reinante en Moscú. En un estado de ansiedad ex-

Ana Anderson es la Gran Duquesa ANASTASIA

Capítulo número -1-

La historia de una mujer y de un proceso que duró años y al que la Historia cual quier día juzgará. Testimonios como los de la Princesa Xenia Romanoff (prima de Anastasia), el capitán de la escolta del Zar, la Princesa Irene de Prusia, el bailarín Serge Lifar... dan como categóricamente cierto que Ana Anderson es Anastasia, como lo dan las pruebas antropológicas de los profesores Von Eycokted y O. Reche, y las pruebas grafológicas del profesor Klein... ¿Por qué si era una instrusa, Ana Anderson era albergada en el Palacio de la Gran Duquesa Olga de Rusia, hermana del Zar asesinado?.

esperanza. Sin embargo la Guardia Roja los mantuvo prisioneros en el mismo palacio. Los espías cumplían su cometido lo mejor que podían, dadas las circunstancias por las que atravesaba la ya instaurada república. Estos espías llevaban noticias al Zar tan preciosas como el mismo tesoro real: "Las fuerzas adictas a la Corona siguen avanzando hacia Ekaterinenburg".

Un nuevo sol salía sobre Siberia, el único sol al que se aferran las vidas humanas cuando todas las otras fuentes de calor se han extinguido. En lo más íntimo del corazón de cada uno de los integrantes de la Familia Real revoloteaba el pájaro de la salvación. Pero el destino es algo que escapa muchas veces a los ruegos y solicitudes: la noche del 16 de julio de 1918, casi al despuntar el nuevo día, apareció en el palacio la

fesora de francés y su mujer suplicaron el indulto para sus vidas, y así Pierre Gilliard y Ana Tegleva recuperaron su libertad, mientras que la Familia Real descendía a los sótanos del palacio de Ekaterinenburg... Los acompañaban el Barón Buxhoeveden, el doctor de la familia Botkine, la camarera Ana Deminova y los servidores Troup y Karithonoi. El frío temor que sentían se convertía en helada certeza. Todos se alinearon en la pared del fondo del sótano al que habían sido conducidos. El Zar preguntó cándidamente:

"—¿No estaremos demasiado tiempo en este sitio, verdad?" El Comisario Yurovski se adelantó unos pasos hacia Nicolás II y mirándole fijamente le respondió: "—Estaréis aquí menos tiempo del que os imagináis".

que disparasen sobre ella. Luego los cuerpos de su familia la cubrieron. ¿Logró alcanzarla alguna bala? La Guardia Roja dio una carga de bayoneta sobre los cuerpos. ¿Pudo salvarse la Gran Duquesa?...

"SOY ANASTASIA ROMANOFF"

Ya corre el año 1920. La Revolución de octubre había desmoronado totalmente a la burguesía que estaba en el poder y en su lugar se había instalado la revolución proletaria; las emigraciones comienzan a surcar las tierras de Rusia en busca de un nuevo destino.

Mes de febrero en Alemania. Era noche cerrada y había un frío glacial. Las calles de Berlín eran recorridas por la policía en estricta guardia del orden. El agente Rumpel cumplía su cometido por la zona del canal de Landwerth. Caminaba lentamente esperando que pasaran las horas cuando ocurrió algo que rompió la monotonía del paisaje y de las cosas: alguien, no se podía distinguir muy bien, se había subido al pretil del puente y se había arrojado a las frías aguas. ¿Un suicida?, se preguntó Rumpel, y ni corto ni perezoso se despojó de sus botas y de su chaquetón y se arrojó también al canal, rescatando de las aguas a una muchacha muy joven. Pasados los primeros momentos de zozobra el agente Rumpel llevó a la muchacha a la comisaría en donde sus superiores la sometieron a interrogatorio. Poco pudieron sacar de ella: su nombre, Ana Tchaikowski, y muy pocas cosas más. La joven no supo, o no quiso, hablar acerca de sus familiares. Su estado era, por lo demás, deprimente. Sin papeles, sin domicilio... fue trasladada a una clínica psiquiátrica de Dallford. La profunda tristeza que abarca los muros de una casa para enfermos mentales le fue transmitida a Ana Tchaikowski. Su mirada se perdía en la de sus compañeros. No hablaba con nadie, introvertida, taciturna... Se paseaba por los amplios corredores del establecimiento, y cuando alguien le preguntaba algo respondía en un alemán con acento ruso. (Próximo capítulo: De Berlín a New York).

El cielo de Moscú estaba rojo, como roja era su plaza y como del mismo tinte serían los acontecimientos que irían desgranando una de las páginas más sangrientas con que se ha escrito la historia de un pueblo y de una aristocracia... una historia que volvía a repetirse en el devenir del tiempo... una historia que recuerda la Revolución Francesa con sus aristocráticas cabezas al pie de la guillotina. El rojo sangre de Moscú era como un presagio de la sangre que estaba aún por derramarse. Corría el mes de mayo del año 1917. Una descarga atronadora partió de la fusilería y de las gargantas de los revolucionarios... La muerte, agazapada, esperaba su cosecha, su valioso botín. El pueblo le exigía a su Zar —Nicolás II— que abdicara. Hubo algunos intentos de negociación... pero las cartas estaban echadas y las voces se hacían a cada momento más amenazadoras. Nicolás II accedería a abdicar, pero en el nombre de su hijo el zarevitch Alexis, y así se lo comunicó al pueblo. La respuesta no se hizo esperar: la violencia se desató como un huracán que presagiaba arrastrar todo lo que se opusiera a su paso. Ninguna autoridad sería respetada, salvo la autoridad emanada de la revolución. El Zar tembló, por su familia, por él mismo, por sus amigos, por su Trono... Todo indicaba que el zarismo tocaba a su fin. La Zarina y sus cinco hijos, Alexis, Olga, Tatiana, María y Anastasia, temblaban de terror. El Zar Nicolás II urdió un plan de escape. Había que abandonar Tsarkoi. Tsoelo cuanto antes, había que alejarse de inmediato de la caldera del diablo. El día 13 de agosto era la fecha indicada para iniciar la marcha. De



El Emperador de Rusia, Nicolás II, y su esposa la Zarina del brazo de Mr. Loubet, en el campo de maniobras de Betheny (Francia).

pectante recibían noticias de sus seguidores. Las primeras eran alentadoras, por lo que la incertidumbre se mezclaba con el optimismo, produciendo en el ánimo de la Familia Real un intenso "collage" de estados emotivos: la salvación por un lado, la muerte por el otro. El tiempo seguía desliziándose lenta y angustiosamente, pero el estar aún con vida les daba el derecho de la

Guardia Roja comandada por el Comisario Yurovski. Un frío temor recorrió el cuerpo del Zar Nicolás II y de su esposa la Zarina. La voz seca y cortante del Comisario quedó flotando en la sala: "Tengo orden de trasladarnos". Nicolás II apenas pudo balbucear: "¿Adónde?". Se encontró con el silencio por respuesta. Un oscuro presentimiento se apoderó de los presentes. El pro-

Seguidamente levantó su revólver y le descargó varios disparos en el rostro. Como si fuera la señal convenida toda la Guardia Roja comenzó a disparar a quemarropa sobre los restantes sentenciados. La Zarina cayó de bruce sobre su marido. No hubo tiempo de gritos o lamentaciones. ¡Todos cayeron prácticamente al unísono... Sólo Anastasia, la más pequeña de las hijas del Zar, se desmayó antes de

Desde New York YELENA A. VLASOV en exclusiva todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial aun citando la procedencia. SERVICIOS ESPECIALES DE EFE.